

*La creación poética*, de JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS. Biblioteca del Pensamiento actual. España. Madrid, 1964

El autor de *La creación poética*, Pbro. José Miguel Ibáñez Langlois, doctor en Filosofía y Letras, no tiene todavía 30 años de edad, y ya es el tipo acabado del humanista que tanto escasea en nuestra época: poeta con cuatro obras valiosas, tres publicadas en España; crítico literario, filósofo y sociólogo; cultiva con esmero los ramos del saber humano. Este autor continúa la hermosa tradición de los humanistas chilenos de la pasada centuria y de la presente, que cuenta entre ellos a numerosos eclesiásticos, como lo recordó, con tanto acierto, Ricardo A. Latcham en su apretado discurso en el Congreso de la Lengua de Buenos Aires.

El primer volumen en prosa es *La creación poética*, editada también en la capital española, que coloca a su autor entre los primeros críticos del habla hispana. En él analiza, con penetración y originalidad, el género poético. Desentraña con agudeza psicológica, soltura y llaneza de experimentado exégeta literario, hasta la médula de la poesía. Esta tarea de suyo difícil, no había sido realizada aún por otro escritor de América hispana. En nuestro continente sólo se había ocupado del tema, el estadounidense T. S. Eliot en *Función de la poesía y función de la crítica*, cuyas ideas Ibáñez Langlois ha "tenido en cuenta" en la concepción de su obra. En Europa, algunos poetas y críticos, como Jacques Maritain, Paul Valéry, Henry Brémond, Dámaso Alonso, José María Valverde y algunos más, han hecho ensayos acerca del arte poético; de ellos, especialmente de los de Valéry, se ha nutrido nuestro autor para formular una profunda, bella y original teoría del poema, en esta obra *La creación poética* que pasará a ser, desde luego, clásica en la literatura vernácula.

El concepto que tiene el vulgo de la poesía es absolutamente opuesto a su esencia misma. Es lamentable que el ensayo de Ibáñez Langlois no llegue aún a las librerías chilenas. Ojalá la Comisión de Cultura, recién creada por el Gobierno, facilitara la importación de obras, máxime de aquellas que, como *La creación poética*, son de positiva utilidad para los profesores de castellano y literatura, a fin de que no enseñen errores y vaguedades acerca de la poesía.

El autor de este primoroso breviario del arte poético, realiza lo que afirma en el Prólogo: "La creación de una teoría del poema que pretende vislumbrar por una parte, la condición del poema como lenguaje —la forma específica de la palabra poética—, y por otra la naturaleza del acto creador".

Ibáñez piensa que aun cuando "la concepción poética más filosófica y universal del arte poético debe pagar su tributo a los gustos personales de quien la propone, y a aquel tipo de poesía que, a su modo de ver realiza más plenamente la esencia del arte, nadie está exento de esta parcialidad, pero eso no impide que se pueda apuntar a una teoría general; y precisamente están en mejores condiciones de realizarla quienes buscan una teoría del poema, de la obra de arte, y no de sus condiciones subjetivas de gestación, pues éstas son infinitamente variables —como bien lo demuestran las interpretaciones

neorrománticas de la experiencia poética—, mientras que todo el poema, por serlo, realiza una esencia definida como forma de lenguaje” (Pág. 10).

Cualquier escritor, por muy inteligente que sea, no es capaz de inventar una teoría perdurable de la creación poética; para lograrlo plenamente era necesario que emprendiese tan ardua tarea, un poeta definido y con la maciza cultura humanística de José Miguel Ibáñez Langlois.

La reciedumbre de *La creación poética*, denota las fuertes lucubraciones del autor: todos sus juicios y opiniones, con ser absolutamente originales, tienen el apoyo de las teorías de los mejores autores que han tratado esta materia, y se fundan en poderosas razones y fuertes argumentos, a los cuales sólo puede recurrir un hombre de letras dotado de sólida formación filosófica; y ella, justo es reconocerlo, no constituye hoy el haber intelectual de muchos escritores laicos, aun de los más cultos ni siquiera de aquellos que se erigen en jueces literarios de menor cuantía. Este juicio no me lo dicta el espíritu de secta o beatería, sino la lectura atenta de la obra unánimemente elogiada en Chile, por críticos tan serios como Alone, Hernán del Solar y Hernán Poblete Varas, lo cual es una garantía del valioso contenido de *La creación poética*.

Entre esas muchas críticas elogiosas que esta obra ha recibido en el país y en el extranjero, sólo conocemos una abiertamente adversa, publicada en estas mismas columnas, por un crítico nacional, de cuyas objeciones de fondo, quiero hacerme cargo. Por lo demás, la excepción confirma la regla. Comenta él con detención aquel aserto de Ibáñez Langlois, según el cual es el mismo poema el que suministra al lector la ley con arreglo a la cual interpretarlo, y, por tanto, también juzgarlo críticamente: el poema, en cierto modo preciso, es ley de sí mismo. De donde según este crítico, se seguiría la negación de toda crítica literaria y de todo comentario sobre un poema. Este “nihilismo” invalidaría el propio libro de Ibáñez Langlois. Si todo poema se juzga a sí mismo, se atreve a deducir, entonces huelga toda afirmación sobre la poesía, y el poema se cierra sobre sí mismo en una soledad inaccesible al crítico, al lector, al ensayista, a la humanidad. “Quid nimis probat, nihil probat”, “el que prueba mucho, no prueba nada”.

Esta interpretación del pensamiento de Ibáñez Langlois no parece que haga justicia al espíritu de la obra, porque *La creación poética* es, desde el comienzo hasta el final, un acto de fe en la posibilidad y el valor de la crítica literaria. En efecto, el autor, al afirmar la sustantividad del valor estético, vale decir, el hecho de que el poema una vez creado se sostiene por sí mismo en la belleza, trascendiendo sus antecedentes biográficos, lejos de negar la crítica, está fundando su posibilidad. Está afirmando que, más allá de la comprensión de la sicología del poeta, de la sociología de su medio ambiente y de otras interpretaciones auxiliares, hay la posibilidad de una crítica estética propiamente dicha, que apunta hacia el poema como estructura y objeto, como belleza y como lenguaje, más o menos realizado, y no sólo como confesión personal, reflejo de un ambiente, etc.

Ibáñez Langlois no niega la crítica literaria, sino cierto tipo de crítica, esa

que tanto abunda entre nosotros, aquella que pretende sustituir el análisis propiamente literario por meras disquisiciones instrumentales que se ocupan de los antecedentes biográficos, psicológicos, sociológicos, etc. El autor no desprecia el valor de estos enfoques, pero se rebela contra la sustitución, que acaba por vaciar de sentido a la palabra poética, al suponerle "equivalentes" fuera del poema mismo. Es comprensible que esta afirmación no sea del pleno agrado de aquellos críticos que se sienten aludidos por ella, y relegados, por Ibáñez Langlois, al orden de los críticos auxiliares. Pero de esto no debe ni puede desprenderse que el autor niegue la crítica. Más bien parece ser el propio crítico quien la niega en algunos puntos de su argumentación. En efecto, se extraña él de que el autor hable de poemas buenos y malos, de buena y mala poesía, y se extraña, en nombre de la subjetividad de toda apreciación literaria, en virtud de la cual "un poema bueno para X" no es sino un poema que ha gustado a X, en este caso a Ibáñez Langlois, o a Eliot, quien forzosamente juzgaría el poema "por gusto, excentricidad o capricho individual de Eliot, a los cuales bien puedo yo oponer mi capricho". Estos argumentos no parecen demostrar gran fe en la objetividad de la crítica literaria, de cuya destrucción se acusa paradójicamente a Ibáñez Langlois.

Por otra parte, creemos que el crítico no ha entendido bien el sentido de la afirmación de que "el poema se juzga a sí mismo" o "el poema es la ley de sí mismo". El toma esta afirmación del autor de *La creación poética*, y la aísla de su contexto y sentido, con lo cual consigue que efectivamente parezca extraña al lector que desconoce el pensamiento integral de Ibáñez Langlois. Este afirma lo siguiente: El crítico, situado ante el poema, no puede juzgarlo con arreglo a un canon externo o a una medida arbitraria, impuesta caprichosamente desde fuera: debe atenerse a lo que el poema mismo está tratando de ser como expresión y lenguaje, como experiencia identificada con un lenguaje; es por tanto el propio poema el que suministra al crítico la norma de su adecuada ejecución (el poema debe "ejecutarse" e "interpretarse" al leerlo, igual que una sinfonía), y por tanto la ley de su adecuado enjuiciamiento crítico. Esta afirmación tan clara, repetida con insistencia en su obra por Ibáñez Langlois, ha recibido del juez literario una interpretación inexacta. Ninguno de los críticos que han escrito sobre *La creación poética* interpretaron tan mal el pensamiento del autor, todos, unánimemente, con excepción del que enjuició la obra en estas columnas, pasaron por alto la afirmación de Ibáñez Langlois, vale decir, no le dieron importancia, más aún, no pensaron que ella atentara contra la crítica literaria.

Nuestro autor establece que "ningún antecedente del poema puede explicar —como la acción causal explica el efecto— el hallazgo creador de la actividad artística. Lo que está ahora en el poema —lo que ahora es el poema— tiene que ver sin duda, con lo que estuvo, bajo una forma que no era aún la del poema, en la vida del poeta: como experiencia, como pasión, como conocimiento o afectividad. Pero esta vida se hace poesía, es decir, se incorpora al poema, por gracia de un nuevo nacimiento, de una mutación, de un paso irreversible, que es el hallazgo de la forma en el proceso artístico. En

un instante de luz, ha cobrado existencia un nuevo ser, que no estaba antes en rincón alguno del alma creadora. Un nuevo ser ha sido *creado*, siquiera sea en el humilde sentido de nuestra escala humana y relativa. Creación indica justamente este salto del no-ser al ser: del no ser poético, de la mera potencia poética, al ser de la poesía, a su ley, su forma, su estructura, su legalidad propia. Hay aquí una creación de valor" (págs. 42-43). En suma, la poesía es un misterio para el mismo poeta. "El poema es la obra humana cuyo contenido llega a identificarse con su lenguaje. El poeta no sabe lo que tiene que decir hasta que lo ha dicho". Es decir, no hay un "contenido poético comunicable con anterioridad a la creación" (pág. 55). La inspiración o "experiencia", viene, llega como un don misterioso y el poeta lo recoge. El poeta nada comunica, "es un hacedor, no un comunicador". El que aún pretende hablar de comunicación, ha de convencerse que el poema no comunica nada más ni comunica nada menos que... el poema mismo" (pág. 56); esta es la razón por la cual se justifica plenamente lo que dice Ibáñez Langlois: "el poema se juzga a sí mismo" o "el poema es la ley de sí mismo"; el poema ofrece al crítico la ley de su adecuado juicio crítico.

Ibáñez da al lenguaje un valor decisivo en el poema, llega a decir que, en la poesía, el lenguaje "se ha substantivado: es ya un objeto" (pág. 61). Aún más la prosa o la "palabra no trabajada por el arte establece una separación entre el lenguaje y su contenido". El lenguaje de la poesía es algo esencial, consubstancial. "La palabra poética es fuerte en sí misma, es un patrimonio duradero" (pág. 66).

"La poesía es la forma real del lenguaje humano" (pág. 73); tiene vida propia, es como la prolongación del mismo ser del hombre. El poeta ama la palabra y busca las más adecuadas para verter el poema, que llega a ser una sola cosa con ella.

Los recursos poéticos: métrica, rima y ritmo "no constituyen de por sí poesía, sino simplemente buen verso" (pág. 102) y también, no pocas veces, mal verso. "Otros recursos deben reemplazar la función de aquellos —o deben sumarse a su eficacia— para que el lenguaje no se derrumbe con la flaccidez de la prosa" (pág. 102). La imagen es uno de esos poderosos instrumentos que sostienen la palabra en el poema. En la poesía actual, la imagen suple con mucha eficacia todos los demás recursos. Entre una estrofa rimada a la fuerza, de Carlos Pezoa Véliz, por ejemplo, y otra carente de ella de José Miguel Ibáñez Langlois, prefiero esta última, más espontánea y simple, con imágenes que dan fuerza y novedad al poema: "La madre está lejos. A morir empieza, / allá donde el padre sirve un puesto ad hoc /; no le escribe nunca porque la pereza / le esconde la pluma, la tinta o el block" (*El pintor Pereza* de Carlos Pezoa Véliz). Estos versos, con perdón de cierta crítica, son abominables. Léase ahora una estrofa de Ibáñez Langlois: "Cuando todo en la luz sea borrado / flotará en una nube la memoria / de la noche, paciencia de este mundo, / sacramento fugaz de un astro en sombra". ("Recuerdo de este mundo". *La casa del hombre*, de José Miguel Ibáñez Langlois).

"La obra poética es una experiencia humana dada en la palabra" (pág. 111).

Cualquiera idea, sentimiento o estado de ánimo, pueden ser causa u origen del poema. "El poeta —piensa Ibáñez— *siempre está comprometido*, porque la existencia humana es compromiso. El poeta cree en Dios o no cree en El, ama u odia, espera o se angustia, se asocia de un modo concreto a los anhelos de su gente y de su tiempo. La calidad de sus vínculos constituye su destino personal, y por tanto la trama de su obra poética" (pág. 116). Si Joaquín Alliende Luco, José Miguel Moreno y Hernán Montealegre están comprometidos con lo religioso, no debe extrañarnos que Pablo Neruda lo esté con una idea política, aunque ella no sea de nuestro agrado.

El poema nace como el poeta —"poema nascitur, non fit". Para que exista poesía es necesario que haya algo, "un estímulo inicial con vocación nativa del poema" (pág. 133); pero es necesario que el hombre cultive este precioso don; de lo contrario el poeta muere, no germina el poema.

"El poema en germen puede ser muchas cosas", dice el autor, con grande experiencia: imágenes, sucesos prósperos o adversos, actividades, hasta "irse a dormir", "dos versos de otro poema", escribe, pueden originar un poema. "El nacimiento de un poema no se forja: sencillamente "viene", se encuentra. "La poesía no es como el razonamiento, una facultad que puede ejercitarse según la determinación de la voluntad. Un hombre no puede decir: compondré una poesía" (pág. 137).

"La primera sensibilidad del poeta es la que percibe el núcleo original y la duración que ésta supone respecto a los medios técnicos" (pág. 144). Este germen original y el verbo poético se compenetrán "hasta hacerse indiscernibles" (pág. 146).

"¿Dónde comienza el arte en el poema? Allí donde empieza la aspiración hacia la forma". Y esta forma de presentar el poema, que es el arte poético, es objeto de la crítica.

El verdadero poeta, el artista genial, "no significa en el lenguaje" "la experiencia" de las cosas", "sino que es el poema, y en este sentido Vicente Huidobro da la clave: "No cantéis a la rosa, oh poetas, / hacedla florecer en el poema". Ibáñez Langlois explica: "la rosa ya no es rosa, sino rosa-poema: El poeta auténtico, según Eliot, no sabe lo que debe decir hasta que lo ha dicho" (pág. 160). "Lo que está en el comienzo del poema no es un contenido comunicable sino un germen que debe crecer" (pág. 161). Esto explica aquello de que el poeta "no se interesa por hacer entender ninguna cosa a nadie" (pág. 161).

"El poeta es el hombre capaz de pensar en palabra poética", afirma el autor. "Siendo el poema un mundo, sostiene Ibáñez Langlois, es el mundo que su autor es, purificado y esclarecido por obra de la palabra en la que se da" (pág. 182). Esta manera de concebir el poema cae dentro del ámbito de la crítica, la cual debe juzgar si el autor ha hecho o no florecer la rosa en el poema o simplemente se ha limitado a cantar a ella, como en el ejemplo de Huidobro. En parte alguna de la obra, Ibáñez Langlois niega la posibilidad de esta crítica.

En el colegio, nuestros profesores de literatura nos enseñaron que las poe-

sías se componían, algo así como cuando uno junta los pedazos de un jarrón de porcelana para pegarlos. Nos obligaban a escribir poemas, sin atender a aquello de "que la poesía no es como el pensamiento, una facultad que pueda ejercitarse según determinación de la voluntad. Un hombre no puede decir: compondré poesía. Ni siquiera el más grande de los poetas puede decirlo, ya que el espíritu, en cuanto a la creación, es como una brasa que se extingue, a la que alguna influencia invisible, como viento inconstante aviva y hace relucir transitoriamente" (pág. 185). "La inspiración —dice Ibáñez Langlois— no goza de mucho crédito, por lo menos si se la entiende a la manera romántica. Benn afirma que la inspiración desorienta: en todo caso, "hace surgir un par de versos", pero luego llega el hombre con sus fuerzas, "toma estos versos, los pone en el microscopio, los examina, les da color, busca las partes enfermas". Por su parte, García Lorca afirma: "Si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios —o del diablo— lo soy también gracias a la técnica y el esfuerzo, y porque me doy cuenta de que es un poema" (pág. 193). Muchos poetas podrían decir lo mismo, en nuestros días, de poco o nada sirve la inspiración si el autor del poema carece de técnica e ignora lo que "es un poema".

"El estado de poesía vale artísticamente cuando se relaciona con la formación del poema, hasta ser una cosa con ella" (pág. 205).

"Una obra poética triunfa sólo si se la hace como si se hiciera por sí misma" (pág. 209); porque "la creación" parece ser cosa de un instante: para crear no debería necesitarse esfuerzos, tentativas, búsquedas; no se llama creador a quien debe someterse a las exigencias del trabajo y del estudio para dominar laboriosamente la obra en curso" (pág. 239).

"La secreta ley de un poema no es exterior a él. Esto equivale a decir que el poema en gestación es ley para sí mismo. El movimiento creador triunfa cuando la obra que yo creo coincide con la obra que se crea en mí. Cuando yo escribo el poema se escribe en mi interior. Cuando las palabras que yo encuentro son las palabras que el poema buscaba para sí" (pág. 244). Estas ideas del autor de *La creación poética*, tienen la validez de un axioma para los auténticos poetas; y los críticos, para juzgar la poesía, no pueden desentenderse de ellas.

Termina Ibáñez Langlois la obra que comentamos, con un párrafo sobre "Lectura y Ley del poema", en el cual dilucida un punto importante acerca de la crítica y de la traducción de los poemas. Aquél, "al ejecutar el poema o reproducir su movimiento interno dándole la vida justa que éste exige, no hace sino desarrollar vitalmente el crecimiento orgánico de su ley germinal", y el crítico "que ejecuta cada verso aprecia su adecuación con la norma dinámica del conjunto, o bien su ruptura con respecto a lo que el poema de por sí exigía en esa altura. En todos los casos, el poema no existe sino como desarrollo concreto de su ley única". Para nuestro autor, el poema es una sola cosa, desde el germen creador hasta su difusión. Los jueces literarios, para emitir su juicio sobre una obra poética, no pueden ni deben apartarse de esta ley, porque de lo contrario yerran.

Traducir un poema, según José Miguel Ibáñez Langlois, "es recrear su ley bajo condiciones diversas. Ahora bien, como estas condiciones de lenguaje afectan al fondo mismo de la intuición —cosa que sabe bien todo el que haya traducido poemas como ejercicio creador—, resulta que una buena traducción es otro poema, no una simple y material versión literal —fiel a la letra e infiel al espíritu— como la versión libre atendida al fondo, liberada de la letra así como las demás posibilidades —fidelidad al ritmo en desmedro de la imagen y viceversa— deben pagarse con el precio de sacrificios que afectan a la sustancia misma del poema" (págs. 249-250).

"Traduttore, tradittore", dicen los italianos. Un poema difícilmente se puede traducir, lo único posible es hacerlo de nuevo, re-crearlo. Ejemplo bien típico de una genuina traducción es *La oración por todos* de Andrés Bello, que superó al original de Victor Hugo, según propia confesión del poeta galo, precisamente porque el grande humanista venezolano hizo otro poema distinto del original. Esta es la mejor poesía del mentor de Chile; ella le da categoría de poeta, aunque no hubiese hecho otros versos. Negarle este título a Bello, fuera de ser una insolencia, acusa un absoluto desconocimiento de lo que era la gaya ciencia en Hispanoamérica, durante el pasado siglo. No se debe juzgar a un poeta de aquel tiempo con el criterio de nuestra época. El sabio humanista no sería un genio de las musas; pero si él no es poeta, el mundo hispano carecía entonces de ellos.

*La creación poética*, de José Miguel Ibáñez Langlois, enriquece la literatura de un continente y de una raza.

FIDEL ARANEDA BRAVO

*La filosofía de don Juan Egaña* de Walter Hanisch Espíndola S. J.

Ed. Historia, 1964

El estudio del Padre Walter Hanisch Espíndola S. J. sobre *La Filosofía de don Juan Egaña*, está hecho a conciencia, con serenidad, buen acopio de datos de grande interés y se lee sin tropiezo.

No sólo el pensamiento filosófico de Egaña aparece nítido en el trabajo del Padre Hanisch sino también su múltiple personalidad de cristiano, patriota, abogado, jurista, educador, agricultor, minero, catedrático y visionario americanista. Durante 25 años expuso sus ideas en constituciones, reglamentos, informes, diálogos, artículos, libros, discursos y cartas.

Auténtico hijo del siglo de las luces, en sus obras se advierte el influjo de los enciclopedistas franceses, sin que falte tampoco un dejo simpático de romanticismo. Gran conocedor de la Biblia y de la teología, su sincero catolicismo no le impedía ser un regalista terco.

En cuanto a su labor filosófica, dice el Padre Hanisch: "Sin alguna ordenación sería imposible aventurarse en el vasto océano de los pensamientos de Egaña, por el copioso caudal de materias de que trata y por la brevedad que da a sus conceptos y exposiciones. Cuando trata una cosa, usa muy pocas palabras y su orden deja algo que desear, porque a veces vuelve atrás,